

Doctor Alfonso Serrano Rebeil

Dra. Ma. Emilia Picazo G,* Dr. Javier Huerta-Rivadeneira**

El doctor Alfonso Serrano se define a sí mismo, en primer término, como jefe de familia y padre. Considera además que un hombre debe equilibrar las distintas esferas de su vida. Entre esas diversas esferas destaca el haber sido un pionero de la cirugía plástica en México, que aplicó sus conocimientos prácticamente en todas las regiones del cuerpo y dejó una estela de enseñanzas que aún persiste. También ha sido deportista, cazador, devoto de las actividades al aire libre y aficionado a la pintura.

Alfonso Serrano Rebeil nació en la Ciudad de México en 1921, hijo de una pareja de ganaderos sonorenses. Su madre, Ana Rebeil, fue una destacada estudiante y espléndida madre de familia. Su padre, el ingeniero Gustavo P. Serrano, tuvo una destacada carrera dentro del gobierno que se caracterizó por su compromiso con el sentido de servicio y una acrisolada honradez. Al preguntarle sobre su vocación de médico, el doctor Serrano responde sonriente “¿Cual vocación? Yo quería ser ranchero.” El modo de vida que aprendió durante las vaca-



ciones en el rancho de su abuelo materno en Sonora quedó grabado en él y lo sigue atrayendo hasta la fecha. Como dice, “puede sacarse al muchacho del rancho, pero no se le puede sacar el rancho al muchacho”.

Impulsado por su padre y un tío a estudiar una carrera, dado el turbulento clima político que imperaba en el campo a fines de los años treinta, optó por la Medicina como “lo menos peor.” Así ingresó a la UNAM en 1940. Confiesa que en realidad no le gustaba. No fue sino hasta cuarto año, en la clase de Técnica Quirúrgica en Animales, cuando se entusiasmó por fin al

descubrir la cirugía. Al terminar el curso, su maestro, el doctor Julián González Méndez, lo escogió como profesor ayudante. Así, desde quinto año empezó su carrera como maestro en distintas áreas de la cirugía, que se prolongaría toda su vida.

Durante el servicio social en Sonora hizo sus pinitos como cirujano general. De regreso en la ciudad de México, después de recibirse, se entrenó en cirugía general en el Hospital General de la Secretaría de Salud. Más adelante, realizó la residencia en cirugía plástica en el Hospital Naval de San Diego, un postgrado en ortopedia en la Universidad George Washington, y complementó su residencia en hospi-

* Universidad La Salle. Miembro del Comité Editorial de la Revista Cirugía Plástica. México, D.F.

** Cirujano Plástico, egresado del Centro Médico «La Raza», IMSS Veracruz, Ver.

tales de St. Louis (Missouri), Chicago, Nueva York y el servicio de cirugía de mano del reconocido doctor Sterling Bunnell en San Francisco.

Regresó a México para incorporarse al Hospital General, donde trabajó durante 16 años. Colaboró como Jefe del Servicio de Cirugía Plástica del Instituto Nacional de la Nutrición (INNSZ) desde su fundación. Recuerda con afecto su relación con el doctor Salvador Zubirán. Fue su maestro, su amigo y consejero, su paciente y compañero de cacerías. Conserva con orgullo su nombramiento como cirujano emérito del INNSZ. Fue también durante 40 años el cirujano plástico del Instituto Nacional de Cardiología.

A partir de 1950 inició una práctica privada que fue creciendo. Al inicio predominaba la cirugía reconstructiva, pero más adelante el equilibrio se inclinó hacia la cirugía estética.

Como cirujano reconstructivo, el doctor Serrano operó en un momento u otro prácticamente todas las regiones anatómicas: la región intracraneal, órbita, labio y paladar, vías respiratorias, genitales, mano y extremidades; desde lo muy grande hasta la microcirugía; desde los pacientes quemados hasta la reconstrucción por cáncer. "No sé si eso sea bueno o malo," opina al respecto. "Sencillamente, eran otros tiempos."

Además del trabajo clínico, tuvo la oportunidad de hacer cirugía reconstructiva experimental. En este campo, se hizo acreedor en 1980 al primer lugar en el V Concurso Nacional de Cirugía Experimental con un estudio sobre resección y reparación de la tráquea intratorácica. También recibió el Premio Nacional de Cirugía, otorgado por la Academia Nacional de Cirugía, por un estudio sobre tratamiento de pacientes post-laringectomía.

No obstante su trabajo, nunca dejó de lado su amor por las actividades al aire libre. Por el contrario, incorporó en su vida los deportes, el excursionismo y el campismo, compartiendo este gusto primero con su esposa e hijos y después con sus nietos. Recuerda satisfecho su participación en competencias y campeonatos de vela, donde conquistó numerosos primeros lugares en pruebas nacionales. Participó dos veces en los Juegos Centroamericanos y del Caribe, en los cuales logró una medalla de bronce y una de oro. Fue miembro de la delegación mexicana en los Juegos Panamericanos en São Paulo y en los Olímpicos de Tokio, en 1964.

Tras 16 años en el servicio de Cirugía Plástica del Hospital General, en 1968 lo nombraron director del recién inaugurado hospital de la Cruz Roja en la Ciudad de México. Allí tuvo que organizar los servicios y al personal, e instituyó cinco cursos de postgrado reconocidos por la UNAM: cirugía general,

anestesia, anatomía patológica, ortopedia y terapia intensiva. "Me sentía como el gerente de un gran hotel," bromea con una sonrisa. Y explica que los médicos deberíamos aprender de los administradores y viceversa. Pero el bisturí es muy celoso. Dejó la Cruz Roja en 1970 para incorporarse al entonces Hospital de la IMAN (después DIF), como jefe del Servicio de Cirugía Plástica.

En el hospital del DIF impulsó la cirugía craneofacial, poniendo en práctica los conocimientos adquiridos en el servicio del doctor Tessier, en París. Reconoce un aspecto de la cirugía craneofacial que no lo dejaba satisfecho: "Los tejidos blandos tienen demasiada memoria. Los resultados a largo plazo muchas veces no concuerdan con los inmediatos." No obstante, esto le permitió adquirir destrezas para atender a pacientes con traumatismos de cara a lo largo de los años.

El doctor Serrano tuvo también una carrera docente ininterrumpida, primero en la Facultad de Medicina de la UNAM como adjunto, después como titular, también como profesor en diversos cursos de postgrado de cirugía plástica y cirugía de la mano, y en especial como titular de 30 cursos de microcirugía en el Instituto Nacional de Nutrición hasta 1991. Además, impartió numerosas conferencias y cursos en distintos lugares del país y el extranjero. Fue autor y coautor de numerosas publicaciones en revistas científicas.

Ocupó la presidencia de la Asociación Mexicana de Cirugía Plástica, Estética y Reconstructiva y del Consejo Mexicano de Cirugía Plástica. Ha sido miembro de la Academia Mexicana de Medicina y de otras numerosas sociedades científicas, como la Sociedad Latinoamericana de Cirugía Plástica, la Sociedad Mexicana de Estudios Oncológicos, la Sociedad Mexicana de Cirugía Experimental, la American Society of Plastic and Reconstructive Surgery, la Plastic Surgery Association of the Americas, por mencionar sólo algunas.

Sobre el retiro, opina que ni el deportista, ni el torero ni el hombre de negocios saben cuándo retirarse. Tampoco lo sabe el médico. En el caso del deportista, el más perjudicado es él mismo. Como hombre de negocios, los errores pueden conducir a grandes pérdidas materiales. Pero como médico, los errores o deficiencias en la actuación redundan en perjuicio de quien ha depositado en nuestras manos su confianza y su máximo tesoro, la salud.

"Cuando tenía cincuenta años," refiere, "me prometí retirarme al llegar a los setenta, independientemente de lo bien que me sintiera." Al cumplir setenta años en 1991, fiel a la promesa que se había

hecho, vendió su consultorio y se retiró por completo. Como dirían los toreros, se cortó la coleta, aunque seguro de que había cometido un error al tomar esa decisión veinte años antes. "Estoy convencido de que es una irresponsabilidad y una falta de ética profesional seguir ejerciendo cuando ya han pasado los mejores años, pero en la práctica es muy difícil aceptar que ha llegado el momento."

En 1997, recibió un merecido reconocimiento en el ahora Instituto Nacional de Pediatría del DIF, dentro del II Congreso de Cirugía Plástica Pediátrica que organizó esa institución. Allí se hizo patente el agradecimiento de los pacientes (ya adultos) que el doctor operó de niños, así como el cariño que le guardan sus alumnos y lo perdurable de sus enseñanzas. A éste siguió otro homenaje en la ciudad de Guadalajara.

Quienes han tenido el privilegio de conocer de cerca al doctor Serrano son testigos del amor y la admiración con que recuerda a sus padres, así como el intenso cariño y la camaradería que lo unen con su esposa, sus siete hijos y sus nietos. Pensando en la inevitable separación de los hijos para irse a estudiar cuando se vive en un rancho, admite que tal vez la familia le ganó al rancho aun antes de existir. Con genuino orgullo, nos comenta que todos sus hijos tienen estudios profesionales y son hombres y mujeres de bien, padres de familia y participantes en progra-

mas de formación y superación humana. Sostiene que la mejor manera de enseñar es predicar con el ejemplo, convivir y ser amigo.

Actualmente, el doctor Serrano está retirado pero no inactivo. Considera que si los intereses y actividades son variados, divertidos y hasta productivos, la época del retiro puede ser excelente. Toma clases de pintura al óleo, lo cual sin duda le permite canalizar ese gusto por la estética que está presente en todo cirujano plástico. Sigue organizando campamentos y excursiones de pesca en que lo acompañan alguno o varios de sus amigos, hijos y nietos. Y no pierde el contacto con sus alumnos, que siguen aprendiendo de él quizá más todavía que en las aulas o los quirófanos.

Sin duda, la vida y la trayectoria del doctor Serrano han estado determinadas por las diversas épocas que atravesó nuestro país, y él a su vez dejó huella con su labor como cirujano y como maestro, labor que no pierde su trascendencia incluso en estos años de retiro.

"Trátese de lo que se trate," insiste, "lo importante es seguir en actividad, ejercitarse al aire libre y convivir con los hijos. Mientras más actividad, mejor. El retiro es el tiempo de la lectura, las artes, los viajes y, sobre todo, de la familia. También es la época de oír más consejos de los que se dan, de dejarse conducir en vez de dirigir a los demás." Y concluye: "Siempre hay mucho que aprender de las nuevas generaciones."